

1. LA HUMILLACIÓN

Aquella conversación había cambiado para siempre el destino del reino de Marimor, aunque el príncipe Eduardo, herido en su orgullo, aún no fuese consciente de ello. Preso de la angustia, fue incapaz de devolver el último envite del padre Gregorio. No era común ver al heredero en aquella situación. Pero aquella vez fue diferente. La fuerza de los argumentos del padre cisterciense había aplacado la furia del joven caballero. Impotente, Eduardo masculló una ofensa de despedida.

«Yo soy el príncipe y a mí nadie me vence ni me calla. ¡Nadie!», pensó para sus adentros.

Esta vez no fue así. Estaba fuera de sí, herido en su estima; perdido. Quién se lo iba a decir. Había luchado en numerosas batallas, había aniquilado a cientos de enemigos con su espada, pero la palabra le había derrotado. La fuerza de la palabra había cerrado para siempre su puño de acero.

Aturdido, echó pie a tierra y posó su armadura a su derecha en señal de derrota.

«¡Vamos! ¡Levántate! ¡No te rindas! ¡Eres el príncipe!», se repetía una y otra vez en su cabeza.

No pudo. La escena sorprendió al padre superior e incluso al padre Jorge.

—¡Arrodillaos, Eduardo! ¡Arrodillaos y apiadaos de vuestra miseria, porque estáis delante de Dios! —espetó inmisericorde el padre Jorge—. ¿Cómo osáis ponerlos a su altura? ¡Nadie es más alto que el Altísimo!

—¡Padre Jorge, regrese al comedor ahora mismo! ¡No caiga usted en el abismo del orgullo de su víctima —replicó el padre superior—. ¡Cuán cerca está usted de Dios y cuán rápido puede asomarse al diablo por su necesidad!

—Sólo quería...

—Deje al príncipe en su soledad. Déjele despertar de su infame sueño. ¡Que despierte a la vida a través de la humildad! ¡Y que lo haga desde la humillación de la soberbia!

El silencio presidía la sala y aumentaba, si cabe, la letanía del fraile, que completó la filípica con la ferocidad de quien contempla del alba al anochecer el rostro del Altísimo.

—Porque el joven príncipe está volviendo a la vida. Estaba muerto, perdido e inconsciente, pero comienza a amanecer de su letargo —prosiguió el padre superior. Pronto alzaré la mirada y volverá en sí como un rey vivo, resuelto y consciente. Durante más de veinte años ha bebido de un cáliz de oro labrado con sangre y fuego, de soberbia y poder, de orgullo y vanidad; pero ahora empieza a observar cómo esa copa de oro pierde agua porque carece de una base sólida. Sólo desde la humillación, desde la soledad y desde el vacío puede comprender nuestro heredero el camino de la humanidad y de la bondad, la senda de la verdad y de la justicia; el triunfo de la humildad. Sólo desde la humildad se cons-

truye un cáliz sólido, porque el gobierno de un reino requiere liderazgo, pero, sobre todo, servicio. Y el servicio sólo se consigue desde la humildad del rey.

Eduardo escuchó estas palabras desde el suelo, arrodillado más por la impotencia y el cansancio que por la humillación. No medió palabra.

—¿Dónde está ahora ese príncipe orgulloso? —atacó de nuevo el padre Jorge.

—¡Que te vayas, he dicho! ¡O te despojaré de tus hábitos! —le increpó el superior.

El príncipe posó su sangrienta armadura, empuñó con rabia su espada e hizo un ademán de incorporarse. Fue inútil. Pocas horas antes había dado muerte a un rey que yacía moribundo en tierra y ahora era él quien se encontraba en semejante situación. El padre Gregorio permaneció a su vera sin articular palabra, consciente de la transformación interna del heredero del reino de Marimor. Dos horas de conversación habían obrado el cambio; más bien el milagro.

—Príncipe Eduardo, ¿me escucháis? Levantad vuestra mirada y miradme a los ojos —se ofreció el abad.

Eduardo no respondió. Estaba ido, ausente del mundo.

—Príncipe heredero, ¿queréis ayuda? ¿Necesitáis algo? Sabéis que la casa del Señor está abierta a todo el mundo. Estáis en vuestra casa —repitió con sosiego Gregorio, apodado Job por su santa paciencia.

—¡Levantaos y pedid perdón por vuestros pecados, heredero! Ya lo dijo el Señor: «El que se enaltece será humillado; el que se humilla será enaltecido» —insistió el padre Jorge desde la distancia.

—¡Padre Jorge, váyase inmediatamente a la capilla a hacer penitencia! ¡No hay mayor pecado que la vanidad y usted

está siendo presa del orgullo más diabólico! Que el Señor se apiade de usted –contestó iracundo el padre superior.

Por tercera vez, agachado en esta ocasión, el padre Gregorio se acercó al príncipe y le susurró al oído:

–Eduardo, Eduardo. Aquí me tenéis. En la soledad de la noche os encontré desnudo. Venid conmigo y recuperaréis el aliento. El poder os ha vaciado por dentro, os ha robado vuestro ser y vuestro corazón, pero la humildad os devolverá la grandeza. Dadme la mano y os abriré mi corazón para que sirváis a vuestro pueblo.

El príncipe reaccionó a la súplica del padre superior y, alzando la mirada, entregó su mano a la del abad. Pero el miedo se apoderó al momento de Eduardo.

–¡No! ¡No! ¡No puedo! Tengo miedo, padre. No sé qué me sucede.

–Tranquilo, tranquilo...

–He batallado durante más de veinte años, he vencido a ejércitos de todos los confines de la Tierra, he acumulado más poder que ningún otro rey desde Oriente hasta Poniente. Y, sin embargo, tengo miedo de dar la mano a un simple hombre. ¿Qué me sucede, padre? Siento que si le doy la mano, me estoy venciendo a mí mismo. He derrotado a los ejércitos más sanguinarios del mundo y, sin embargo, no puedo conmigo mismo.

–Descansad, príncipe, descansad –le aconsejó el padre Gregorio, que proseguía su parlamento como si de un confesor se tratase. Ahora mismo estáis librando la batalla más importante de vuestra vida, la batalla de vuestro interior. La guerra entre la mentira y la verdad, entre el orgullo y el servicio, entre la ostentación y la donación, entre la vanidad y la humildad.

—¡No hay batalla ni rival que puedan conmigo! ¡Soy el príncipe! —insistió Eduardo.

—Durante toda vuestra vida habéis vivido cegado por el poder y por vuestros miedos, pero el poder y los miedos os paralizan. Acabáis de verlo con vuestros propios ojos. Me he acercado hasta vos y os habéis echado hacia atrás como si os fuese a matar. El miedo os ha llevado a la soledad, donde nadie os acompaña y os sentís desprotegido. Hasta hace un momento estabais solo, desamparado, sin nadie a vuestro alrededor. Erais víctima de vuestros deseos y de vuestro ego. Pero ahora me tenéis a mí.

—¿A ti? Y quién eres tú para socorrerme si no eres más que un pobre monje.

El padre superior siguió con su monólogo sin inmutarse.

—El poder os ha hecho vulnerable, porque os hace ver a vuestros amigos como enemigos y a vuestros enemigos como el diablo en persona. El poder ciega y la vanidad nubla la mente; la humildad, en cambio, os abre y os libera. Por eso os sentís ahora mismo humillado, porque acabáis de presenciar con vuestros propios ojos vuestro vacío interior y vuestra ceguera. Pensabais que teníais el mundo a vuestros pies, pero, en realidad, os encontrabais solo en vuestro trono, aislado del exterior y temeroso de que se descubriese vuestra vulnerabilidad infinita.

—¿Yo, solo? Mis hombres nunca me abandonarán. ¡Por algo son mis caballeros!

Pero el padre superior se había crecido al ver yacer al verdugo.

—Os he desnudado, Eduardo —prosiguió—, pero, en realidad, os he vestido de por vida, porque os he hecho ver el poder de la humildad. En verdad, estimado príncipe, nun-

ca os habéis encontrado tan pequeño y solo como ahora, tan desprotegido e inválido, sin poder ni gloria, pero jamás os recordarán tan grande como en estos momentos, porque habéis aprendido el valor de la humildad. En la nimiedad de esa tierra que ahora ensucia vuestras manos se encuentra la grandeza de ese reino que en breve gobernaréis. Porque en verdad os digo, estimado heredero, que el amor y la felicidad encuentran sus raíces en la humildad y vos acabáis de plantar esas raíces. El Señor murió en la cruz por todos nosotros y vos acabáis de renacer de vuestras cenizas para servir a vuestro pueblo. –Y pletórico, Gregorio acabó en grande su plegaria–: El verdadero poder –remató– reside dentro de cada uno, en el escondite más recóndito de vuestro ser, allí donde el orgullo y la vanidad mueren de arrogancia: en la humildad. La humildad es el camino, apreciado Eduardo, y el camino para la humildad es el servicio. Porque un rey gobierna, pero, sobre todo, sirve a su gente. A ella se debe. Por ella lucha. En verdad, Eduardo, un buen rey ama a su pueblo, porque el pueblo es su razón de ser.

Eduardo escuchó el improvisado discurso del abad casi sin inmutarse. Apenas se movió de su posición y continuó durante unos minutos arrodillado delante de su corazón de arena. Luego, empuñó de nuevo la espada y se levantó con violencia y sin mediar palabra.

–Ya empiezo a ver en vos el cambio, querido príncipe –clamó el superior del monasterio.

Pero el heredero salió escopetado sin despedirse del abad. Agarró las correas y montó en su caballo, que reconoció el malestar de su amo por la forma en que comenzó a tirar. El dolor hizo mella en el equino y *Fuego*, que así se

llamaba, emitió varios relinches para suplicar a su señor un poco de misericordia.

Fueron en vano los lamentos de *Fuego*. Eduardo permaneció ido, con la mirada perdida, con la mente nublada y el gesto fruncido. Nada quedaba de aquel valeroso caballero. El príncipe había cambiado. Era otra persona.

«¡Vete, vete de mí! ¡Soy el príncipe y a mí nadie me destrona!», refunfuñó el heredero para su interior.

Eduardo no veía el momento de llegar al castillo y encerrarse en sí mismo. Su grandeza se había vuelto en su contra. Humildad, sí, qué terrible humillación para el futuro rey, formado en la arrogancia y la grandeza.

«¡Yo soy el príncipe y seré el rey, el rey del mundo! Yo no sirvo a nadie; todos me sirven a mí».

Pero, por primera vez, ese pensamiento, otrora orgulloso y altivo, se volvió endeble y rastrero.

Tal fue el ritmo del galope que no tardaron en llegar caballo y caballero al castillo, donde les esperaban los guardas para abrirles las puertas de entrada. *Fuego* entró como un galgo en palacio. Una vez dentro, el príncipe mandó parar en seco al animal y echó pie a tierra de un salto. Ni siquiera se inmutó de la presencia de su caballero Mandor, que había salido a recibir al heredero.

—Enhorabuena por la victoria, señor. Han dicho que os habéis portado como un verdadero rey. Pero tengo malas noticias. Vuestro padre ha empeorado. Está en cama y el curandero y el mago han dicho que no le queda mucho tiempo de vida. Debe ir a verlo enseguida —gritó Mandor a la desesperada.

—Guarda a *Fuego*, Mandor —contestó Eduardo. Hoy ha luchado como un jabato y necesita comer y reponer fuerzas.

El príncipe subió a sus aposentos privados y se tumbó en la cama. Le esperaban la cena en el comedor real y su padre, que yacía moribundo en la habitación contigua. Pero a ambos obvió. Le horrorizaba enfrentarse a la dura realidad de hablar, quizá, con su padre por última vez.

—Señor, a vuestro padre no le queda mucho tiempo. Deberíais irlo a ver —dijo otro guarda.

No era, sin embargo, ésa la noche para comparecer ante su progenitor por última vez. Y menos muerto anímicamente como estaba. Mientras el padre languidecía, el hijo desvanecía como persona y heredero. La última charla debía esperar, si aún daba tiempo, al día siguiente. Antes había que descansar, dormir y, sobre todo, reflexionar y soñar. Tocaba volver a los orígenes y reencontrarse consigo mismo.